

Fue un día de mayo la primera vez, y si no vio su rostro de formas simples, su cuerpo algo mayor y el color exacto de su cabello, fue porque las mujeres como ella estaban hechas para ser invisibles y pasar por la vida sin estridencias. (Todo esto hasta que la descubrió, los ojos quietos y mansos sobre el maniquí de vidriera, la pasión reconcentrada en un rictus de la boca, las manos enturbiadas en el contacto del yeso frío).

Le enternecen esas manos pequeñas volando sobre las corbatas, las camisas, los pantalones que ella ciñe amorosa a las caderas andrógenas de yeso.

Las otras tres son modernas figuras plásticas, tienen rostros rosados y son vestidas una vez por temporada. El polvo se les va quedando pegado en los pañuelos de seda, las pelucas rojas, los abrigos, hasta el día de la liquidación final, ocasión en que hasta a él le duele su ostentosa condición de esclavas rígidas.

Al maniquí de yeso helado lo cambia semana a semana y sería a diario si no fuese por las protestas de la clientela, que no alcanza a dar una segunda



ojada. El negocio es el negocio y ella se resigna a los sábados, día en que el ritual la absorbe desde temprano. Él la observa como se muerde las uñas, cómo se pasa la mano alisando una onda inexistente en su melena dorada y lacia, cómo pasea de un lado a otro de la tienda, incapacitada ese día para atender clientes, para responder preguntas con monosílabos. Poco a poco empiezan a desaparecer los transeúntes, las tiendas opacan sus vidrieras, los faroles de la calle se apagan uno a uno.

Y el rito comienza. Es entonces que ella sube los dos peldaños hasta la vitrina (así la vio la primera vez, esa noche de lluvia en que decidió que la vida no valía el esfuerzo de vivirse, y golpeó con los nudillos el vidrio para sorprenderla), lo sostiene cuidadosa para bajarlo de su fiesta estática y llevarlo hasta el cuarto de bodega. Cierra la puerta tras de sí pudorosa y él rememora cada detalle de lo que le ha visto hacer otras veces. Primero le quita la corbata, acercando mucho el rostro y la boca a su frialdad de cartón piedra, luego la chaqueta, introduciendo ambas manos entre los hombros y quedándose un rato abrazada al monigote gris. Después el pantalón, rozando con esos dedos menudos las caderas hieráticas. Lo desviste, sí, lo desviste amante.

A él le turba esa mirada ausente, llena de heridas lejanas. No hablan de esas cosas, para qué, lo adivina sin palabras: amores que le rasparon la confianza hasta desbaratarla por completo, el abandono de alguno que la crispó por dentro, una ausencia que le abrió grietas en la mirada. No hay que hablar para saber de esas cosas.

En cambio, alguien como ella no estuvo nunca ni en sus mejores sueños. Ahora que ha abierto la



puerta y la ve afanándose en la cintura de ese pantalón que ajusta con alfileres, querría abrazarla con fuerza y sentir esos dedos poblando su rostro, palpándoselo, borrándole las aristas de ese rictus doloroso y enternecido que sólo existe para ella, para ella que va llenándolo todo a su paso, cada memoria, cada trazo de piel.

Pero al tomarla por la cintura con los ojos entrecerrados y este dolor de amarla tanto y tan desgarradamente, la voz desanuda sus brazos.

No, así no, dice ella, ya lo sabes.

Y él esconde sus manos y su abrazo en los bolsillos, esperando, como cada sábado, a que ella termine su labor.

No ofrece ayuda (sería inútil, una negativa flotando en el aire), cuando ella lo vuelve a asir con ternura para ponerlo en el lugar más destacado.

Y regresa hasta la bodega enmudecida, extiende en silencio las mantas sobre el suelo y entrecierra los ojos para tenderse sobre las frazadas.

Ahora sí puedes venir, musita.

Entonces él va hasta el cajón y extrae la máscara de cartón piedra gris. La contempla un momento entre sus dedos. Luego se la adhiere al rostro. Sabe que su expresión, si no fuera por los ojos, es la misma del maniquí.

Va hasta ella y la desnuda paso a paso, lento, como ha visto a ella hacerlo. La va escribiendo con los dedos, la descubre para que ella se descubra en ese desgarramiento de amarla a través del muro plomizo del rostro del otro. Ella se deja hacer ausente, con los ojos firmemente cerrados.

Los dedos la recorren sin prisa, hasta hacerla temblar. Puede percibir el contacto, el suave vello



erizándose, la piel que responde a su tibieza y no al muñeco de cartón piedra. Su opaca victoria, es a él, a él, y bajo la rigidez de la máscara gris, la sonrisa le humedece la mirada.

La besa lento, trabado por el contorno frío que es el intermediario entre las bocas. Recorre el cuerpo triste con la lentitud del que aplaza su propia ejecución. Le duele cada caricia y en la yemas se le va quedando el ritual, las hebras de su cuerpo que no podrá deshilar hasta el próximo sábado. En silencio, en perfecto silencio, se acoplan en ese baile agónico, en el que no podrán juntar los labios ni las palabras. Lentamente, el baile va deteniéndose, quebrado por el invariable sollozo de ella y el latir desacompasado de él. Luego, ella se echa a un lado y se cubre con las mantas.

Entonces él recuerda a Mercedes Sosa cantando "Cuando llueve me da no sé qué, las estatuas, que no pueden salir de paseo, con paraguas y se quedan como en penitencia, solitarias...", y desea acabar con todo y de una sola vez, romper el hechizo nocturno y feroz y que ella desaparezca para siempre de su vida... "pero si una sombra rara, para siempre las borrase, qué dolor caería, sobre Buenosaires..." y piensa que tan sólo desearía que ella lo viese al rostro, que tocase su barba espesando en el filo de ese sábado tortuoso, que lo besase a él y no al otro del brazo en alto, rígido, incapaz de hacer daño o de gozar, de enredarse en su cuerpo y abrigarle el desamparo. Como desnuda al otro que le quitase ella la máscara y se bebiese sus lágrimas, su rostro atormentado cuando la usa, la horrenda sujeción de su abandono.



Y musita como cada sábado

¿No puede ser de otro modo?

Ya lo sabes, los maniqués no hacen preguntas, no abandonan, no hieren, se quedan para siempre buenos con la mirada lacada enfriando la ciudad. No puede ser de otro modo, ya ves...

Luego, él la abraza y se duermen, sobre un Santiago que escucha al otoño caer sobre sus calles.